

Guido de Ruggiero

MIGUEL ANGEL VIRASORO
Universidad de Buenos Aires

Un homenaje a Guido de Ruggiero en este Primer Congreso Argentino de Filosofía no podía faltar. Y es que Guido de Ruggiero ha sabido anudar entre nosotros, lazos de confraternidad difícilmente quebrantables. Su nombre empezó a hacérsenos familiar en una época de turbulenta adolescencia, conjuntamente con la de otro pensador que hoy nos honra con su presencia, el filósofo Ugo Spirito, cuando un grupo de jóvenes que despertábamos recién a la vida del espíritu nos encontrábamos por incontrolable azar, conviviendo dentro de las doctrinas del neo-idealismo hegeliano que reconocía como inspiradores máximos al binomio itálico: Croce-Gentile.

De Ruggiero discípulo de vanguardia del segundo, empezaba a hacerse conocer con sus estudios de filosofía griega, que exponía con arbitrio que encontraba eco en nuestros corazones, dentro de las perspectivas de su ideología actualista. Después otras aventuras del pensamiento aventaron aquellas primeras precipitaciones. La fenomenología de Husserl, la ética de los valores de Max Scheler y Nicolás Hartmann, el existencialismo de Heidegger, Jaspers, Marcel, Sartre, etc., nuestros propios personales problemas, nos fueron alejando paulatinamente de tales admiraciones, pero sin que llegara nunca a extinguirse en el fondo de la subconciencia el regusto emocional de aquellos lejanos deslumbramientos, siempre prontos a brotar como una fuente nocturnal, en las silenciosas oquedades de nuestra intimidad. Por eso, cuando al correr de los años, tuvimos la oportunidad de encontrarnos con de Ruggiero en Buenos Aires, él también apagados sus primeros furios iconoclastas, alquitarado su pensamiento por una madurez que dejaba resumir las más jugosas esencias, sentimos reencenderse aquella llama viva que parecía apagada y el sortilegio tumultuoso

de su palabra volvió a encerrarnos en el círculo de su problemática siempre renovada.

El peregrino del pasado había recorrido mientras tanto el periplo del pensar humano en su realizarse histórico y avanzaba hacia el presente transmutándose cada vez más en una pura mirada reflejante, profunda como el espíritu humano que espejaba en ese su progresivo hacerse traslúcido a sí mismo en las tribulaciones de la historia. Sus lecciones sobre Vico (1947) fueron ya iluminaciones realizadas desde la esquivada e inapresable intimidad de Vico. De Ruggiero, hace ahora hablar a sus ídolos, los incita a revelarse desde sí mismos, no tortura sus intenciones, sino que se limita a aventar las escorias que mantienen oculto su núcleo esencial, bien lejos por cierto de su torquemadismo juvenil. Mas no sólo de Ruggiero es un sagaz captador de lo histórico, como lo revela la feracidad de los doce tomos de su *Historia de la filosofía*, una de las más extensas y completas que pueden manejarse entre nosotros, sino que también y con idéntica acuidad, logra penetrar el sentido de los acontecimientos actuales. Sus conferencias del año pasado en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, sobre: *¿Qué fué, qué es y qué puede ser Europa?*, en las que consideró el estado de Europa y su evolución en los últimos decenios poniendo de manifiesto las consecuencias trascendentales de las dos últimas guerras, e inquiriendo la posibilidad de una existencia autónoma de Europa frente a los dos colosales que se disputan su hegemonía, son testimonios vivos de ello. La veracidad con que de Ruggiero sabía leer en los acontecimientos mundiales y descifrar su sentido tenebroso, hacía de él un testigo lúcido de la época, tan necesitada de inteligencias capaces de ver claro, faz a faz con el devorador enigma. Testigo lúcido en quien se esforzaba por hacerse consciencia de sí la turbidez del vivir contemporáneo; pero también, y por sobre todas las cosas, protagonista apasionado, y aún, apóstol y mártir de su verdad. No olvidemos que de Ruggiero, hombre de partido, héroe de la libertad de su patria, pasó en breve período violentas alternativas: desde la cátedra a la cárcel, de la cárcel al Ministerio de Educación de la naciente República Italiana.

Mas volviendo al filósofo que es ahora el que particularmente nos interesa, es de esperar que esté llamado a dejar huellas profundas en nuestro ambiente, por cuanto ha sido uno de los primeros que se han esforzado por establecer un contacto directo de comprensión y

afecto entre los pensadores italianos y argentinos, que este Congreso de filosofía, que tanto fué aspiración e inspiración suya, debe tratar de hacer perdurable, como también los que hoy se establecen, en afán de mutua estimación, con las brillantes delegaciones alemanas, francesas, españolas y americanas que nos visitan.

Formado en el idealismo hegeliano, es decir, en el idealismo en su forma más absoluta, su espíritu ha sabido abrirse a todas las perspectivas del saber contemporáneo, desde el neo-realismo de Alexander, Whitehead, Bertrand Russell, hasta el intuicionismo de Bergson y el historicismo diltheyano, que ha juzgado y avalorado con ponderación ejemplar. Sólo un movimiento del pensar contemporáneo no ha logrado nunca romper el muro aislatorio de su animadversión: la filosofía existencial o existencialismo. En este desapego y desvalorización es fácil, sin embargo, poner de manifiesto un fundamental malentendido. De Ruggiero se mantuvo siempre fiel a la concepción particular de Hegel que había vehiculado el idealismo italiano de Spaventa, Jaia, Croce, Gentile, etc. No obstante su acercamiento final a los temas de Hegel juvenil, tan atiborrados ellos a su vez de irracionismos, su último estudio sobre la *Fenomenología del espíritu*, agudo, penetrante, esclarecedor, por tantos conceptos, no logra sin embargo penetrar en su auténtico sentido. Sigue viendo en ella un mero esbozo del sistema, que debe culminar y perfeccionarse en la *Lógica* y en la *Enciclopedia*. No llega aún a valorarla como el verdadero y más auténtico núcleo vital de la especulación hegeliana, que luego la evolución de su pensamiento va a recubrir con la caparazón deformante de la lógica. Desde este punto de vista, una revaloración y recompreensión de la *Fenomenología del espíritu* parece ser el tema candente de la filosofía. Eugenio Fink, uno de los pensadores alemanes de mayor porvenir que nos visita, ha dedicado todo el curso académico de 1948 al análisis y comentario de la *Fenomenología* hegeliana. Igualmente el profesor Luis Landgrebe, de la Universidad de Kiel, también entre nosotros, tiene en preparación un curso sobre ella. En Francia son conocidos los estudios de Jean Hyppolite, sobre *Génesis y estructura de la Fenomenología del espíritu*, los cursos de Koyré y especialmente de Kojève, que ha dedicado al comentario y exposición de esta obra de Hegel varios años consecutivos. En Italia, Enrique Negri, e, igualmente, en la Argentina. Es obvio un interés creciente por la *Fenomenología* de Hegel. Tales estudios nos han per-

mitido ver cómo el pensamiento hegeliano que, considerado en su núcleo vulcánico, parece perfilarse como uno de los nuevos puntos de partida de la especulación occidental, no es en su esencia contradictorio e incompatible con el existencialismo. Más bien puede atisbarse que en él se encuentra virtualmente comprendida toda la fenomenología estática de Husserl, conservada y potenciada en el movimiento dialéctico, que es el único que logra extraer de la conciencia todo su contenido ontológico; y también, en su raíz y prospectivamente, la filosofía de la existencia, que asimila en el movimiento dialéctico-histórico, en el que la realidad existencial deberá ir realizando y revelando históricamente su esencia.